



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

**NADA CRECE  
A LA LUZ DE LA LUNA  
TORBORG NEDREAAS**

TRADUCCIÓN DE MARIANO GONZÁLEZ CAMPO



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2016

TÍTULO ORIGINAL: *Av mánskinn gror det ingenting*



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

© H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) AS, 1947

© de la traducción, Mariano González Campo, 2016

© Errata naturae editores, 2016

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-16544-09-7

DEPÓSITO LEGAL: M-12405-2016

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada

para Inmedia (Cáceres)

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: United Archives / Lämmel / Bridgeman Images

MAQUETACIÓN: María O'Shea / A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Estoy buscando a una persona. Llevo ya trece días buscando a esa persona. He recorrido la ciudad en todas direcciones. Me he sentado en los vestíbulos de todos los hoteles buscándola con la mirada. Por supuesto, he montado en el tranvía sin ton ni son, esperando ver como su abrigo de lana azul destacaba entre los demás pasajeros. Por dondequiera que hubiera gente transitando he escudriñado multitud de rostros por si acaso el suyo volvía a cruzarse en mi camino una vez más. Pero nada. Bien pudiera ser que únicamente desee verla un instante, reconocer sus rasgos. No conozco su nombre, ella no conoce el mío. Sólo quiero observar esos rasgos un instante, sumergirme un segundo en el alma de esa persona y llevármela conmigo. Contemplar la profundidad del destino de una persona que una noche dos manos trémulas me trajeron por casualidad.

En el fondo es muy difícil decir qué hizo que me fijara en ella. Probablemente fue un conjunto de cosas: mi propio estado de ánimo, el tiempo, el vacío de aquel preciso día. Yo qué sé. Algunos días son así... vacíos. Te lastiman por dentro, te arrinconan y te rechazan. Deambulaba sin ganas de entrar en ningún sitio, pero tampoco me apetecía

regresar a casa. Era uno de esos atardeceres primaverales en los que llueve un poco; lo suficiente para percatarse de las finas gotas que caen sobre la acera mientras un aire suave y claro acompaña a la azulada luminosidad del crepúsculo. Acababan de encender las farolas; luces bermejas que brotaban en la penumbra azul. Olía a noche de marzo y a aceras húmedas. Entré en la estación de tren. Lo cierto es que no tenía nada que hacer allí, pero compré un periódico en el quiosco para que pareciera que sí tenía algo que hacer.

Fue entonces cuando la encontré. Justo en el momento en que embutía el periódico en el bolsillo y me daba la vuelta para marcharme, la vi buscando a alguien, esperando a alguien. Una nacarada penumbra se filtraba por la vidriera, en el techo, mientras la dorada luz procedente de una farola caía sobre sus hombros y su cabello. Tenía la cabeza al descubierto. Su rostro permanecía en la sombra. No pude verlo con claridad.

Las voces sonaban como melódicos martilleos en el vestíbulo de la estación. Todos los sonidos reverberaban, nos envolvían y nos confinaban mutuamente. Quizás fuera aquello la causa, y también su mirada inquieta. Parecía que me estuviera buscando a mí o algo así. Es difícil decirlo, pues su aspecto era muy común y yo no pretendía encontrarme con ninguna chica. No sentía ninguna necesidad de aventura en aquel atardecer. Pero he de detenerme un poco aquí, ya que se trata de un recuerdo que me resulta extrañamente querido. He de acariciarlo un poco y abrazarlo, por nimio que parezca.

Allí estaba aquella chica. Me dio la impresión de que podía tener unos diecinueve años. Una chica completamente desconocida para mí, cuyo rostro ni siquiera alcanzaba a ver. Allí estaba, con una pequeña maleta roja en la mano y con aspecto de no saber qué camino tomar. El abrigo, abierto y holgado, parecía flotar alrededor de su cuerpo, y tenía una de las manos metida en el bolsillo. La que sostenía la maleta iba desnuda, sin guante. El pelo liso, los zapatos planos. Me dirigí hacia ella dando un rodeo y me aproximé por detrás. Había inclinado un poco la cabeza. Le hablé a su pelo, que acariciaba suavemente los hombros. Yo carecía de propósitos y no pensé en absoluto en lo que decía, o en que diría algo.

—¿Puedo ayudarle en algo, señorita?

Me sorprendí un poco de la calidez de mi voz. Por supuesto, era posible que me rechazara o que se tratara de una chica de la calle. Ella negó lentamente con la cabeza sin darse la vuelta para ver quién le hablaba o para lanzarme una mirada gélida. Todavía no había visto su cara. Dije:

—Puedo llevarle la maleta.

Entonces comenzó a andar, lentamente, con la cabeza agachada. Se dirigió a la salida. La seguí de cerca. Se detuvo como si no supiera qué decidir. Dije:

—Iremos por la otra salida.

La adelanté sin mirarla; sabía que ella estaba allí, pisándome los talones. Noté que su maleta hacía un poco de ruido, sentía su respiración, y el sonido de sus zapatos justo detrás de mí se me antojaba familiar y cercano, como si me susurrara algo.

Mis pensamientos eran caóticos. ¿Adónde iríamos? ¿Qué demonios iba yo a hacer con aquella desconocida? ¿Quién era? ¿Cómo terminaría aquella tarde? Sin más dilación pregunté:

—¿A su casa o a la mía?

Ella aguardó un poco antes de responder.

—Caminemos un poco primero —dijo.

Entonces me giré hacia ella y vi su rostro por primera vez. En este punto he de detenerme de nuevo, pues algo ocurre cuando se ve el rostro de una persona por primera vez. Uno regresa de buen grado a ese instante para hallar el hilo que conduce a la siguiente fase: cuando uno ve a la persona que posee ese rostro, la verdadera persona. Caminamos hacia una farola. Había oscurecido ligeramente. La luz cayó sobre su rostro desnudándolo para mí. Luego pasamos la farola y su rostro permaneció en la sombra. Fue como si hubiera vuelto a ocultarse. Pero durante aquel efímero segundo en que la luz se deslizó sobre sus rasgos vi que era mucho mayor de lo que yo había pensado, muy adentrada en la veintena, quizás cerca de la treintena. Sus rasgos mostraban algo infantil, cierta falta de experiencia, pero el bello contorno de sus ojos y su prominente perfil se habían tomado un tiempo en aparecer. Dijo:

—Podemos limitarnos a pasear.

Caminamos en silencio. Los coches pasaban, deslizándose quedos sobre el asfalto. Los faros jugaban con nuestras sombras haciéndolas oscilar a nuestro alrededor. Yo la miraba de vez en cuando. Ella miraba hacia delante con cierto aire lúgubre en los ojos. Su boca era grande

y resplandecía con delicadeza, pero carecía de color y la mantenía firmemente cerrada mientras pensaba. Si es que estaba pensando. Yo no podía saberlo, tal vez ni siquiera reparé en ello. Me asombré del hecho de no desearla, pero mi corazón palpitaba intranquilo, sus pasos me susurraban y sentía su cercanía como un roce inquietante.

Cuando se experimenta algo —un acontecimiento o una persona— que cala en nuestra existencia dotándola de sentido, uno se fija más a menudo en las cosas pequeñas. Todo lo que lo relaciona a uno con esa experiencia, incluso lo más insignificante, cobra vida en el interior de uno, exigiéndole algo. Ahí me encontraba yo, paseando por aquellas calles con una desconocida. No hablamos, no sabía su nombre, pero todo lo que sucedió prendió en mi interior y siempre formará parte de mí, de lo más profundo de mi alma. Bajamos hacia los muelles. Sentí el olor del mar y de los barcos pesqueros que allí había. Una gaviota emitió un graznido. Cada vez que percibo el olor del mar me invade esa poderosa sensación. Me pareció un tanto singular escuchar el graznido de una gaviota al anochecer. Fue un único graznido. A continuación pitó un coche y pasó un tranvía chirriando sobre los raíles. Se le había mojado el pelo y se le quedó pegado a la cabeza. Lo apartó con suavidad de la frente, pero algunos mechones volvían a cubrirle el rostro. Cuando la luz lo iluminaba su cabello era dorado; el resto del tiempo, era de color rubio ceniza. Caminábamos bajo los juegos de luces y sombras. Su rostro relucía momentáneamente y luego volvía a ocultarse en la sombra. Llegamos hasta la parte

vieja de la ciudad, donde sólo había alguna que otra farola de gas emitiendo zigzagueantes destellos de fósforo sobre los adoquines mojados por la lluvia. Algunas casas minúsculas se hallaban en mitad de la calle, otras estaban escondidas detrás de pequeños jardines, sin orden ni concierto. Acurrucadas tras almacenes de reciente construcción, ansiosas, se esforzaban por dejar asomar alguna de sus fachadas. Las pequeñas ventanas estaban repletas de flores que dormitaban a la luz de las farolas de gas.

Se detuvo delante de una de aquellas casitas y se agarró a la verja que protegía los restos de un pequeño jardín. Su voz era cálida, de mujer adulta.

—Siempre he deseado vivir en una casa así —dijo—. En una casita con curiosas ventanitas llenas de flores.

No dije nada. Las chicas que se dejan abordar por extraños dicen muchas cosas y uno no sabe con qué quedarse. Volvimos a dirigirnos hacia la ciudad. Al rato se puso a hablar de la colada tendida de una fina cuerda en el jardín y de la ropa que olía a limpia y se mecía al viento mientras le daba el sol.

Escuché. Aquella charla suya sobre ropa tendida y una casita transmitía cierta disposición de ánimo. Algunas personas pueden hablar de arte o literatura, o narrar una anécdota interesante que uno escucha aunque no llegue más que al cerebro, a la conciencia. Pero también puede suceder que lo que alguien cuenta te atraviese furtivamente la piel y haga que experimentes algo en lo más profundo de ti. Aquella muchacha hablaba de ropa que se secaba al sol y de una casita de tal forma que aquello

parecía ser de mi incumbencia. Me transmitió con ello tal ánimo que éste penetró en mi sangre, dando lugar a que lo experimentara. Por eso he de detenerme y pensar también en esto. He de volver a experimentarlo porque dejé entreabierta una puerta que llevaba hacia una persona a la que no conocía. Cuando regresamos a la ciudad, se arrimó a mí de forma casi imperceptible. No la deseaba, pero quería que aquel paseo no acabara jamás. Su hombro rozaba mi brazo de vez en cuando. Me gustaba. No deseaba tenerla más cerca.

Había un escaparate iluminado en cuyo interior se encontraban rollos de cuerda, utensilios de pesca y montones de redes tejidas a mano. Ella se detuvo dando la espalda al escaparate. Sus ojos tenían el mismo aire lúgubre y meditabundo.

—Tú.

Sólo dijo eso. En mi interior prendió una alegría deslumbrante. No me atreví a responder ni a escuchar mi propia voz para no empañar aquel gozo. Escuché.

—Es extraño, pero me gusta este paseo. Me siento muy bien.

Su voz no transmitía melancolía alguna, ni alegría. Se limitó a decir aquello, a modo de constatación, sin asombro. Al proseguir caminando, añadió:

—Dios sabrá a qué se debe. Al fin y al cabo, es lo único que anhelamos, el calor de otro ser a nuestro lado.

Enfatizó cada palabra. Todas aquellas palabras continuaron crepitando cuando guardó silencio. Noté cómo mi respiración temblaba.

Apenas encuentro palabras para explicar lo que ocurrió. La descubría, la experimentaba de modo secuencial; una y otra vez se entreabría una puerta, una puerta que conducía al alma de una persona. Y cada vez vislumbraba más de lo que se ocultaba allí dentro.

El alma de una persona sólo significa algo para quien, a su vez, tiene alma. Una gran parte de la humanidad no la tiene. Y quienes la tienen se cuidan mucho de exponerla. Por eso, la experiencia es tan violenta cuando uno, en el primer encuentro, siente el roce de lo que llaman el «alma humana». Y aquí es donde he de remontarme un poco hacia atrás. Debo contemplarlo un poco. No puedo zafarme de ello tan fácilmente.

Encontré a una chica que se vino conmigo, sin más. Uno puede encontrarse con una chica guapa, o con una cuyo ritmo le despierta cierto deseo carnal, o una chica que se va contigo. Hablan, charlan, ríen y bromean. Forma parte del juego. Y yo di con una. No sabía si era guapa. Se limitaba a permanecer quieta en la estación con una pequeña maleta roja en la mano. No tenía ritmo alguno porque estaba quieta. Y no hablaba. No decidimos adónde iríamos, y yo mismo no tenía ni idea de lo que quería de ella. Pero durante todo el tiempo la sentí a mi lado. Su proximidad me estremecía, cosa que me intranquilizaba y hacía que mi corazón palpitará con una mezcla de ansiedad y expectación, sin deseo carnal alguno. Y aquella comunicación silenciosa entre nosotros mientras caminábamos hacía que yo reparara en la *persona* que tenía junto a mí. Una persona con un alma capaz de absorber dolor y dicha, pero sobre todo capaz de

esa rabia provocada por el dolor humano que puede llegar a matar, o que permanece ahí incluso cuando le envuelve la dicha. Un dolor que modela a la persona y que a veces emana de su piel, como una extraña atracción.

No dijo nada cuando me detuve ante la puerta de mi casa y la abrí. Entró directamente delante de mí. Aguardó un poco en las escaleras, dejó que pasara yo y rozó ligeramente mi brazo.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó.

Aquella pregunta pudo haberla comprometido. En especial si yo no hubiera aprendido ya tanto sobre ella. Pero, dadas las circunstancias, despertó en mí cierta ternura, una ternura un poco dolorosa. Lo único que podía hacer por ella era traerle algo de beber.

Tenía algo, no mucho. Pero se mostró satisfecha.

—¿Y cigarrillos? ¿Tendrás bastantes? —preguntó.

Afortunadamente, tenía un almacén entero de cigarrillos.

Hizo un movimiento precavido cuando fui a ayudarlo a quitarse el abrigo.

—Espera —dijo.

Estaba ocupada examinando los libros de mis estanterías.

Normalmente calo a las personas a partir de lo que les interesa de mi sala de estar. Desconfío si se dirigen primero a la biblioteca. Puede tratarse de mero artificio. Las chicas suelen mostrar su afectación colocándose embelesadas delante de un cuadro. No miran los grabados franceses. Supuse que ella cogería una obra de filosofía o de historia



del arte para mostrar que tenía nivel. Es una actitud perfectamente humana. Su elección me sorprendió un poco. Se puso a hojear el *Decamerón*. En su rostro se dibujó una pequeña sonrisa mientras sus ojos seguían cavilando como antes. Pregunté si lo conocía. Asintió con la cabeza sin apartar los ojos del libro. Sus manos, ocupadas en pasar las páginas, eran largas y expresivas. Uno podía percibir la noble y poderosa estructura ósea que se ocultaba bajo aquella piel tersa. Tenía los dedos de la mano derecha oscurecidos por la nicotina. También un poco los de la izquierda. No llevaba ningún anillo, ninguna joya. Cuando volvió a colocar el libro en su sitio, le pregunté si le gustaba. Se encogió de hombros.

—Me gustaba cuando era joven. Me gustaba cuando creía que el amor era algo alegre y divertido. Pero habla de «amor» cuando debería decir «deseo».

Le pregunté si no pensaba que de algún modo se trataba de lo mismo. Entonces se quedó mirándome.

—Sabes tan bien como yo que la pasión es un placer y, a menudo, para mí, una dicha. Y que el amor es más bien... ¡Oh, sí! Horrible.

Miró al suelo. Su voz se desvaneció en un susurro. Luego hizo una mueca con la cara y se dejó caer en una silla. No se había quitado el abrigo.

—Creo que nos estamos poniendo demasiado solemnes —añadió.

Aquello rechinó en mis oídos.

Le serví una copa y bebimos en silencio. Yo buscaba sus ojos, pero me eludían. Fumaba con avidez.

—Bueno —dijo alzando su vaso hacia mí y bebiendo luego como si quisiera concluir algo—. Ya ves —añadió poco después—, tengo que entonarme.

Su mirada no mostraba indicio alguno de estar bromeando. Me sentía incómodo por lo que ella pudiera pensar en ese momento. Quería decirle que no tenía por qué estar asustada, que yo no exigía nada de ella aparte de que se quedara en mi sala de estar, que no se fuera... «El calor de otro ser a tu lado». Si supiera cuánto me había impresionado esa frase. Hay tan pocos seres humanos... Eso es todo.

Oí cómo daba profundas caladas al cigarrillo mientras permanecía sentada. Tenía los ojos fijos en mí, escudriñadores y carentes de coquetería. La arruga de su frente resaltaba más en ese momento. Fue entonces cuando pensé que podría incluso sobrepasar la treintena. No obstante, su figura era la de una muchacha. Largas piernas de jovencita con uno de los pies ligeramente girado hacia dentro. Bajo el abrigo llevaba una falda deportiva de color gris y una blusa azul celeste con una corbata. Aquella corbata tan seria hacía que sus rasgos resultaran todavía más infantiles. En rigor no era muy guapa. Salvo la boca, que era muy hermosa.

Fumaba con ansia. Consumía los cigarrillos hasta tener que coger la colilla con los dedos pulgar e índice para inhalar la última calada. El reloj hacía tictac desde la repisa de la chimenea. Los vecinos de arriba tenían puesta la radio con una bulliciosa música de acordeón que rasgaba las paredes. Se acomodó en el sillón y cerró los ojos.

—¿No quieres quitarte el abrigo? —le pregunté.

—Tengo frío —respondió sin abrir los ojos.

La luz caía directamente sobre su rostro. Ahora que se había relajado, se percibían con claridad los signos del cansancio. Su boca temblaba un poco.

—¿Sabes qué me apetece hacer esta noche? —dijo pausadamente. Me incliné hacia ella y cogí su mano, que se mantuvo lánguida en la mía—. Pero no sé si podré —continuó. Apreté lentamente su mano—. Esta noche me apetece hablar, pero sin duda te aburriría.

Todavía tenía los párpados cerrados e incluso mirando su boca con detenimiento, apenas podía percibirse que dijera algo. Besé su mano con la ligereza de un suspiro y sentí que sus dedos se acoplaban ligeramente a los míos.

—¿Puedo? —dijo abriendo los ojos, interrogantes.

Solté su mano, encendí un cigarrillo y me recliné.

—Estoy esperando —respondí.

Una pequeña sonrisa recorrió su rostro sin que la seriedad abandonara las profundidades de aquellos ojos grisáceos. Se deslizó hacia el borde de la silla. Del dobladillo de su abrigo goteaba agua sobre la alfombra que había en el suelo.

—Pero tengo que beber más —dijo ella—. Tengo que entonarme un poco más. Tengo que desquitarme un poco, si te parece bien. He estado callada durante muchos años.

Le pregunté qué edad tenía y me respondió que treinta y ocho.

En un vaso de cerveza, le serví aquavit y me senté frente a ella. Se encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del

anterior y se puso a beber. Desde el piso de arriba la radio nos obsequiaba con un solo de xilófono y ella comenzó a tararear aquella cómica melodía con voz baja y ronca. Sus hombros se mecían imperceptiblemente al compás. Entonces se detuvo para beber y emitió un lento jadeo al volver a poner el vaso en su sitio. Fuera llovía con más intensidad. La lluvia susurraba en la calle y gorgoteaba por un canalón.

—Sigo esperando —dije.

—No tengas prisa, porque entonces no voy a poder —dijo y volvió a tararear y me miró con cierta sombra de seriedad y picardía en sus ojos—. Ya ves que lleva su tiempo —añadió—. Necesito tiempo, pues tengo que pensármelo para no mentir. Ya no quiero mentir más, ni callar más. Estoy muy acostumbrada a mentir, ¿sabes?

Bueno. Como todos. Vamos por ahí mintiéndonos a la cara y al alma. Vamos por ahí liándonos y cargando con nuestras propias mentiras y con las ajenas.

Cogió el vaso y volvió a acomodarse con el cigarrillo colgando de la comisura de sus labios. Tenía la falda un poco subida, le quedaba por encima de una de las rodillas, una rodilla redonda como la de un niño. Me observaba a través de sus párpados entrecerrados. Se había dado cuenta de que había mirado su rodilla. Podría decirse que en ese momento el alcohol ya hacía su efecto.

—Está bien. Te toca. Podrás tener mi cuerpo. O mi alma. Tú eliges —dijo.